

Subcomandante Marcos
Paco Ignacio Taibo II

The book cover features a stylized white silhouette of a person standing in a field of tall green grass. A red five-pointed star is positioned on the person's chest. The background is a warm, golden-yellow color with a faint, textured cityscape. The title 'Muertos incómodos' is written in a large, red, serif font across the middle of the cover.

Muertos
incómodos

(falta lo que falta)
novela

Una serie de desconcertantes llamadas que supuestamente provienen de un militante estudiantil asesinado en 1971, ponen a Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente, sobre la pista de un tal «Morales», fuente y eje de innumerables crímenes protagonizados a la sombra del aparato estatal mexicano. Simultáneamente, en la selva chiapaneca, el investigador zapatista Elías Contreras recibe la comisión de seguir las huellas de un tal «Morales» y que, según los papeles que la familia del novelista español Manuel Vázquez Montalbán hace llegar al EZLN, estaba involucrado en misteriosas operaciones criminales en los últimos años y en una extraña relación que va de Barcelona a la ciudad de México pasando por Chiapas.

Novela policiaca escrita a cuatro manos en singulares circunstancias y que asocia por primera vez en la historia del género a un conocido dirigente social con un novelista, *Muertos incómodos* es, al mismo tiempo, un descenso a los infiernos de los abusos del poder en México.

A esta primera edición en formato de libro en México seguirán de inmediato ediciones en España, Estados Unidos, Italia, Francia, Colombia, Argentina, Gran Bretaña, Alemania, Suecia, Brasil y Portugal, y las regalías de los derechos de autor irán a una ONG que realiza labor social en Chiapas.

Índice de contenido

Cubierta

Muertos incómodos

Nota de los autores

I. A veces toma más de 500 años

II. Vamos dejando un recuerdo

III. Que es un poco bastante largo

IV. Donde habita el olvido

V. Algunas piezas para el rompecabezas

VI. Una vez que has entregado el alma...

VII. Y Pancho Villa no fue testigo

VIII. Una noche con «Morales»

IX. El Mal y el Malo

X. Si desaparezco del presente

XI. La hora de nadie

XII. Y vivo en el pasado

Sobre los autores

NOTA DE LOS AUTORES

Los capítulos impares fueron escritos por el subcomandante insurgente Marcos y los capítulos pares y el epílogo por Paco Ignacio Taibo II.

Los derechos de autor de esta novela, por acuerdo de los autores, se entregarán a la organización no gubernamental Enlace Civil A. C., que los destinará a obras sociales en Chiapas.

CAPÍTULO I

A VECES TOMA MÁS DE 500 AÑOS

«Todo lo que tarde más de seis meses, o es un embarazo o no vale la pena.»

Así me dijo el Sup. Yo lo quedé mirando por ver si estaba bromeando o lo decía en serio. Y es que a veces al Sup como que se le cruzan los cables. O sea que a veces los bromea a los ciudadanos pero con nuestro modo, y a veces hace bromas con nosotros pero con el modo de los ciudadanos. Y entonces como que nomás no le atina. Aunque no se ve que mucho le importe. Él se ríe.

Pero no, esa vez no era así. El Sup no bromeaba. Bastaba ver que tenía la mirada seria, fija en la pipa mientras le daba fuego con el encendedor. La miraba a la pipa como si esperara que ella, y no yo, le diera la razón.

Él me había dicho que me iba a mandar a la ciudad, que tenía que hacer unos trabajos para la lucha, que primero iba a pasar un tiempo agarrando el modo de la ciudad y ya luego iba a hacer los trabajos. Fue entonces que yo le pregunté que cuánto tiempo iba a estar agarrando el modo ciudadano y él me contestó que seis meses, y yo le pregunté si abastaba con seis meses y el Sup dijo entonces lo que dijo.

El Sup me dijo eso después de tardar hablando con un tal Pepe Carvalho que había llegado a La Realidad trayendo un mensaje de Don Manolo Vázquez Montalbán y pi-

diendo verlo al Sup. Bueno, eso me dijo el Max, que fue el que lo recibió. Yo bien que lo conocí al Don Manolo. Ya tiene días que vino a hacerle una entrevista al Sup. Trajo un montón de butifarras, o sea de carnes, en su mochila. Yo no conozco qué cosa es butifarras, pero cuando lo fui a alcanzar con el caballo, lo vi que lo tienen rodeado los perros al Don Manolo. Le pregunté si trae algo de carne en su mochila y él me dijo «traigo butifarras, pero son para el Subcomandante Insurgente Marcos», así dijo. Ahí claro lo miré que lo respetaba mucho al Sup, porque así sólo le dicen los ciudadanos que mucho lo respetan y lo cariñan. Pero les decía que así supe qué cosa es butifarras, porque yo le pregunté si traía carne y él respondió que traía butifarras, así que las butifarras son unos modos de cómo hacen la carne en su país de Don Manolo.

A Don Manolo no le gusta que le digan «Manolo», sino «Manuel». Eso me lo dijo cuando íbamos camino de la comandancia. Tardamos en llegar. Primero porque Don Manolo no muy sabía de caballos y tardó un buen tanto en subirse a la montura. Y aluego pues le tocó un caballo muy pajarero y él digamos que no muy se le da lo de la jineteada y entonces el caballo agarraba para el potrero en lugar de irse por el camino real. Como tardábamos en enderezar los caballos, lo platicamos con Don Manolo y creo que hasta nos hicimos amigos. Así fue como supe que no le gusta que le digan «Manolo», pero a mí me basta con que me digan que una cosa no, para que yo terco en que sí. No lo hago por malora, es que creo que así me hicieron, o sea que es mi modo, o sea que contreras. Así me dice el Sup, «Elías Contreras», pero no porque así me llame. «Elías» es mi nombre de lucha y «Contreras» pues así me puso el Sup porque dijo que yo también necesitaba un apellido de lucha y que como siempre llevaba la contra en lo que fuera pues me quedaba bien el apellido «Contreras».

Esto pasó un buen de tiempo antes de que yo fuera a Guadalajara, a recoger un correo en los baños públicos de

La Mutualista y conociera al chino Fuang Chu. Y sí, también mucho antes de que me encontrara con el comisión de investigación que se llama Belascoarán, en el Monumento a la Revolución, allí en la ciudad de México. Yo digo «comisión de investigación», pero el Belascoarán dice «detective». En nuestras tierras zapatistas no hay «detectives», hay «comisiones de investigación». El Belascoarán dice que en la ciudad de México no hay «comisiones de investigación», hay «detectives». Yo le digo que cada quien su modo. Pero les decía que todo esto fue más después de que el Sup me dijo eso de los seis meses. Y más después fue también que encontré a la Magdalena en la ciudad de México. ¡Ah la Magdalena! Pero de eso les platico más luego... o a lo mejor ni les platico, porque hay heridas que no sanan manque uno las platique. Al contrario, más sangran cuando se visten de palabras.

Pero mucho tiempo antes de que el Sup me dijera lo de los seis meses, yo ya había investigado algunas cosas que se pasan en los municipios autónomos rebeldes zapatistas. Se dice «casos», no «cosas», me dijo aluego el Belascoarán que se la pasaba dándome canilla porque según él yo hablaba muy otro y, siempre que le daba su gana, se la pasaba corrigiéndome el modo de hablar. Pero yo, en lugar de corregirme, pues más le daba. Contreras, pues. Uno de esos «casos» fue el que ahora le da título a este capítulo de esta novela que, ahí lo van a mirar, es muy otra.

Pero déjenme y les platico un poco de quién era yo. Sí, era. Porque ahora ya estoy finado. Yo fui miliciano cuando nos alzamos en 1994 y combatí con las tropas del Primer Regimiento de Infantería Zapatista, que comandaba el Sub Pedro, en la toma de Las Margaritas. Ahora tendría yo unos 61 años pero no los tengo porque ya estoy muerto ya. O sea que ya soy finado. Al Sup Marcos primero lo conocí en 1992, cuando se votó la guerra. Ya después lo volví a ver en 1994 y juntos nos correteamos cuando los federales nos atacaron en febrero de 1995. Yo andaba con él y con el ma-

yor Moisés cuando nos echaron encima los tanques de guerra, los helicópteros y las tropas especiales de los ejércitos. Estuvo un poco duro, sí, pero ya ven que no nos pepearon. Nos pelamos, como quien dice... Aunque todavía tardamos días oyendo el «chaca-chaca» de los helicópteros.

Bueno, ya es mucha vuelta. Yo sólo quería presentarme: Yo me llamo Elías, Elías Contreras, y soy Comisión de Investigación. Pero antes no era Comisión de Investigación, no más base de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, acá en Chiapas que está en nuestro país que se llama México. ¿Qué onde mero queda eso? Bueno, pues ahí mírenlo en una mapa que está en la...

COMANDANCIA GENERAL DEL EZLN

Un tucán solitario saca lustre a su pico en lo alto del tronco de un bayalté. Abajo, el teniente Hilario revisa si los caballos no han acabado con la pequeña milpa y la insurgenta Martina termina de repasar los nombres de las capitales de los estados. La guardia limpia su arma, sentada a la puerta de una champita. A un lado, y prendida de una varita, ondea una vieja bandera de tela negra, con una estrella de cinco puntas y las siglas «EZLN». La estrella y las letras son de un rojo desteñido. En la puerta aparece el Sup. La guardia se cuadra.

—Llámalo al teniente coronel José —dice el Sup.

José llega. El Sup le entrega unos papeles diciéndole:

—Acaba de llegar esto.

Después de leer, el teniente coronel le regresa los papeles con una pregunta:

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé —dice el Sup, y se quedan los dos pensando. Se va el tucán con un ruidoso aleteo y distrae la mirada de ambos. Después de un momento se miran y, al mismo tiempo, dicen, se dicen:

—Elías.

Ya pardea la tarde cuando en la punta del cerro se dibuja la figura del teniente a caballo. Recorre la orillada del pueblo, evitando lodo y miradas extrañas. Llega hasta donde Adolfo tiene su posta.

—¿Y el mayor? —pregunta.

—Está en reunión con las autoridades del municipio.

Va el teniente.

El mayor recibe y lee: «Localiza a Elías y dile que se dé su vuelta donde ya sabe para hablar con el viejo. Si puede mañana, está bien, si no pues cuando tenga chance. Es todo».

En el radio, el mayor transmite: «Gama, Gama. Si copias, dile al del ojo grande que compre su antejo mañana o cuando pueda».

En lo alto de un cerro, el operador recita y a su vez transmite: «Tortolita, tortolita, si copias, hay un 40 para Elías, que dice Nube que vaya mañana».

En el pueblo, el encargado de la posta lo va a hablar al responsable: «Que lo busques a Elías y le digas que mañana vaya para La Realidad».

Ya tiene rato que el sol se tapó con la ondulada cobija de los cerros, cuando aparece Elías en la puerta de su champa, cargando un bulto de calabazas con el mecapal. En una mano lleva la chimba y en la otra...

EL MACHETE

Sí, el Sup no mero me enseñó el papel pero sí me dijo de qué se trataba el asunto. Era una desaparición. Que en el papel le avisaban que se desapareció una compañera y que el Sup hiciera un comunicado acusándolo al mal gobierno. Que de por sí es su trabajo del Sup pero que la problema es que la gente de la ciudad o sea que los ciudadanos ya están hallados a que los zapatistas les hablamos con la ver-

dad o que sea que no les mentimos. Y entonces que la problema es que qué tal que el Sup hace el comunicado de denuncia y arresulta que la compañera no esté desaparecida o que no fue el mal gobierno el que la perjudicó y entonces pues vamos a echar nuestra mentira y entonces pues nuestra palabra como que se hace débil y entonces aluego no nos van a creer. Y entonces que mi trabajo era que tenía que investigar si la compañera esa estaba desaparecida de veras o lo que sea y entonces yo le avisaba al Sup qué mero pasó y él ya vería entonces qué hacemos.

Le pregunté al Sup que cuánto tiempo tengo y él me dijo que tres días nomás. Yo no le pregunté por qué tres días y no uno o diez o quince. Él lo sabrá. Yo me fui a ensillar la mula y, esa misma tarde, enrumbé para Entre Cerros, que así se llama el pueblo donde se desapareció la compañera que se llama o se llamaba María, porque qué tal que ya estaba finada, y es o era esposa del responsable zapatista local de ese pueblo.

En llegando al pueblo lo hablé al compa responsable que su hombre es Genaro, y que es o era su esposo de la finada María. Bueno, no es finada... todavía. Falta ver. El Genaro me dijo que él cree que salió por la leña y aluego pos ya no regresó. La buscó, sí. No la encontró, no. Que si la hubiera encontrado pues no avisaba a la Comandancia. Que eso fue hace unas tres semanas. Que por qué no avisó luego. Que porque chance que aluego aparecía. Que si no sabía pa dónde había jalado. Que no. Que la buscara yo. Que tal vez la habían robado los ejércitos o los paramilitares o ya estaba finada. Que quién le iba a hacer su pozol y sus tortillas. Que quién le cuidaba a los hijos.

Yo me despedí. Como que lo vi más preocupado por quién le hacía la comida que por la suerte de la finada. O sea que no la acordaba bien, que sea con amor que dicen, sino que la acordaba para los trabajos. Entonces pos mejor me fui al arroyo, a donde lavan las mujeres, y ahí la encontré a la comadre Eulogia. Ella estaba con mi ahijado, el

Heriberto, y taba lavando saber qué. Y entonces le hablé a mi comadre Eulogia porque ella es de por sí muy averiguadora y ella me dijo que, antes de desaparecerse, la finada María que no era finada todavía, había dejado de ir a las reuniones de la cooperativa Mujeres por la Dignidad, mero cuando la iban a nombrar autoridad, y que ella, la Eulogia, la fue a ver a la supuesta finada para ver por qué ya no iba a las reuniones, y que ella, la María, le dijo «Acaso me mandan» y que no le dijo más porque ahí nomás llegó el Enero y la María se quedó callada, moliendo el maíz. Le pregunté si tal vez se perdió en el monte la María, y entonces la Eulogia:

—¡Qué se va a perder, si mero se conoce todas las trillas y todos los piques!

—Tons no se perdió —le digo.

—No —me dice.

—¿Y entonces? —le pregunto.

—Pos yo creo que fue el Sombrerón que se la llevó —me responde.

—No chingue comadre —le dije—, usted tan grandota y todavía cree en los cuentos esos del Sombrerón.

—Pos ya ve que aluego pasan cosas compadre, como lo de la mujer del Ruperto —insiste la Eulogia.

—¡Ah qué comadre!, pero eso no fue el Sombrerón, fue el Miguel. ¿A poco no se acuerda que los encontraron debajo del fogón a los dos, bien desnudos? —le insistí.

—Bueno —dijo la Eulogia—, pero aluego hay otras historias del Sombrerón que se me afigura que sí son ciertas.

Yo nomás no tenía tiempo de explicarle a mi comadre Eulogia que los cuentos del Sombrerón eran eso, cuentos, así que me fui rumbo a la trilla que va a donde sacan leña. Ya iba saliendo del pueblo cuando escucho una voz que dice:

—¡Ese Elías Contreras! —lo volteé a mirar quien me habla y era el comandante Tacho que iba llegando al pueblo, creo que a dar plática.

—¿Idiay Tacho? —lo saludé.

Yo me iba a quedar a hablar con él del neoliberalismo y de la globalización y esas cosas, pero me acordé de que sólo tengo tres días para el asunto de la tal finada María y ahí nomás me despedí del Tacho.

—Ya me voy ya —le dije.

—Ah, ¿andas de comisión? —me preguntó.

—Sí —le dije.

—Vaya con dios don Elías —me despedió.

—Vaya usted don Tacho —le dije, y agarré camino.

En llegando al acahual, empezó a llover. Yo no llevaba nylon, así que nomás ahí empecé a decir groserías, que no tapan de la lluvia pero cuando menos algo calientan. Seguí la trilla de la leña por todos lados. Y es que la caminadera de la leña se pone muchas veces como si fuera la rama de un árbol. Onde quiera anduve y nada que encontré nada para saber qué había sido de la supuesta finada María. Me arrimé al arroyo y tomé mi pozol sentado en una piedra. Se nocheció entonces. Aunque la luna era una pelota, tuve que usar mi focador para regresar al camino real. Había seguido una picada vieja. «¿Y ora?», me quedé pensando y mirando como baboso las ramas cortadas por el machete... machete...

¡Machete! ¡Eso mero! No había encontrado por ningún lado el machete con el que la pretendida finada María se había ido a cortar leña. Entonces me recordé que en el sitio del Genaro había visto un machete al lado de los tercios de leña que se apilaban contra la pared de la champa. Había un buen tanto de leña, así que ¿para qué había ido por más leña la entonces ya no tan finada María si ya tenía como para un buen rato? Se me ocurrió entonces que a la María no la habían desaparecido y que ella misma se había desaparecido. O sea que, como luego decimos acá, se había huido.

Hecho la raya agarré el camino real pa Entre Cerros y, después de un café donde mi comadre Eulogia, me acomodo-

dé a dormir en la troje. Acaso pude dormir. Con el chaquis-te y la preocupación nomás no entró mi sueño. Cuando no entra mi sueño pienso mucho. La Sara me regaña porque mucho pienso. Yo le digo que ni modos, que así me hicieron. Yo quedé pensando mucho. Que si la María no está fi-nada, que si no la desaparecieron, que si ella se autodes-apareció, que si pa dónde jaló, que si se autodesapareció era porque no quería que la aparecieran, que si entonces tal vez estaba donde nadie la apareciera.

Amaneció lloviendo, así que le presté un nylon con mi compadre Humberto, le dejé la mula encargada y me fui para el Caracol de La Realidad. En llegando, yo pedí hablar con la Junta de Buen Gobierno. Me pasaron primero con la Comisión de Vigilancia. Ahí estaban el Míster y el Brusli. Les dije que andaba de comisión de investigación y yo quería hablar a la Junta de Buen Gobierno. Me pasaron luego. A la Junta le pedí si tenían información de los colectivos de mujeres en los pueblos. Me pasaron una listas. Tardé un buen rato. No me cuadró nada de la lista. Se las devolví.

—¿Qué buscas pues? —me preguntaron.

—No sé —les dije, porque era la mera verdad, que sea que yo mero no sabía qué buscaba, pero sabía que sabría cuando lo encontrara.

—Ta muy revuelto tu pensamiento —me dijeron los de la Junta.

—De por sí —les dije.

—Entonces, ¿no lo encontraste lo que buscabas? —me preguntaron.

—Pos no —les respondí.

—Pos en esa lista están todos los colectivos de mujeres —me dijo uno de la Junta.

—Sí, todos... menos uno que apenas se está formando —dijo otro.

—¡Ah sí!, pero es en una nueva región que apenas se está naciendo, todavía no tienen municipio autónomo, pero

ya las mujeres se están organizando en colectivo —dijo el primero.

—Pos sí, de por sí las mujeres son las más primeras en organizamos, si estamos tardando en la lucha es por los hombres que tienen muy chiquito su pensamiento —dijo la única compañera que hay en la Junta. Los varones nos quedamos callados.

Yo sentí que ya mero encuentro lo que no sé que estoy buscando, así que pregunto:

—¿Onde mero está ese colectivo que se está formando?

—Es en la región Ceiba, en el pueblo Tres Cruces, por allí de la carretera de Comitán —dijo la compañera.

Empresté su yegua con el Brusli y jalé para Tres Cruces. En el camino se anocheció y la yegua se espantaba con cualquier sombra así que la dejé encargada en una rancharía y me seguí a pata. Ya se estaba acabando el segundo día, así que casi me corretié. Llegué al pueblo cuando la luna ya llevaba más de la mitad de su carrera. Fui donde el responsable local y me presenté. Él se fue un rato. Me imagino que a checar por radio si yo era quien decía que era, porque al poco regresó muy contento y hasta me ofreció de cenar. Echamos café y guineo. En acabando le pregunté de los trabajos y él me dijo que ahí nomás iban un bien, que el colectivo en veces se desanimaba, pero con la plática política se levantaba otra vuelta y así.

—El que va un poco más mejor es el colectivo de mujeres, pero es que mucho le echa ganas Abril —dijo el responsable.

—¿Abril?, ¿y ése quién es? —le pregunté.

—Acaso es un ese, es una esa —me respondió.

Yo le di otro sorbo al café y esperé. El responsable continuó:

—Abril es una compañera que llegó hace como tres semanas, dijo que era comisión de mujeres. La acomodamos en casa de doña Lucha, que está sola desde que el Aram se

pasó a ser difunto. Ahí se vive esa Abril y yo creo que tiene bueno su pensamiento porque mucho la quieren las mujeres del pueblo. Cada semana se reúnen para la política y los trabajos. Y creo que ya hasta pidieron registrar su colectivo en la Junta de Buen Gobierno.

Me despedí del responsable y le dije que iba a tomar posada en la iglesia. Como no queriendo le pregunté dónde mero vivía la doña Lucha. Me dijo que en la orillada del pueblo que da al cerro. Me fui, pero en lugar de ir a la iglesia, me seguí de largo. Sólo había una champa del lado del cerro, así que supuse que ésa era la casa de doña Lucha. Quedé un rato esperando. No mucho. Se abrió la puerta y, lo que primero fue una sombra, a la luz de la luna llena se hizo una mujer.

—Buenas noches María —le dije saliendo de detrás de la pileta de agua.

Ella se quedó como engarrotada. Después de un momento, se agachó a agarrar una piedra y me encaró diciendo:

—Acaso me llamo María, yo me llamo Abril.

Yo la miré en silencio, pensando que cualquier otra mujer se hubiera espantado y hubiera gritado o corrido, o las dos cosas. Ella, en cambio, estaba dispuesta a enfrentarse a un desconocido. Una mujer así no se queda callada si algo no le parece. Tampoco se queda a vivir con alguien que la maltrata. Sin dejar de vigilar la mano donde llevaba la piedra, le hablé despacio:

—Yo me llamo Elías y soy comisión de investigación. Ando viendo qué pasó con una mujer que se llama María que se desapareció del pueblo Entre Cerros y es que está muy preocupado su marido.

Ella, sin soltar la piedra:

—¿Acaso conozco el pueblo Entre Cerros, ni a la María esa, ni a su marido Genaro?

Ahí nomás le aventé:

—Yo no dije que el marido se llama Genaro.